

EMILY Y YO

Londres, 1823

Estaba sentado en el porche de Debbington Hall estrechando entre mis brazos a mi esposa. Hacía poco más de un mes que habíamos cumplido nuestro primer año de matrimonio.

Cuando la miré más detalladamente, descubrí la ligera redondez de su vientre. La evidencia de que estaba embarazada, era tal a los ojos de un pintor, que no pude reprimir la sonrisa. Llevábamos tanto tiempo esperando aquello que casi no me lo creía.

Emily aún no me lo había mencionado, pero a mis ojos, los de un artista, era tan evidente como que la miel era toda dulzura, algo demasiado obvio.

Estábamos envueltos en la belleza de los jardines de nuestra mansión. Sentados en el porche, escuchando el suave rugir del viento y el agradable calor del sol sobre nuestra piel.

Me levanté y arrastré a mi esposa detrás de mí con su encantadora sonrisa en sus labios. Bajamos los peldaños que nos separaban del jardín y en cuanto estuve abajo sentí que la naturaleza nos envolvía en un abrazo. Percibí un torrente agridulce del olor de las mil flores que existían en aquel paraíso en el que solo vivíamos Emily y yo.

Era un magnífico día de primavera, las plantas, todas vestidas con sus trajes de colores y los arboles altos y majestuosos, como si fueran los reyes del mundo, se alzaban a cada lado del camino que nos transportaba de un jardín a otro. Aquella imagen me transmitió, segundo a segundo, lo increíblemente hermoso que era el mundo.

Rodeé a mi esposa entre mis brazos y la guié entre los laberintos de flores de nuestro mundo, bailando el vals al son de nuestros corazones enamorados.

Laura Aixalà 3r ESO A